

con toda la veneración que nos inspira, precisa abordarlo, en primer lugar, teniendo en cuenta la necesidad auténtica de organización de la sociedad, sobre la base de una distribución humanitaria en lo fundamental, y, en segundo, ya no como un mero caso cuya resolución pende llanamente o depende de un irresponsable avalanzarnos, sin más guía que los impulsos, excitados aquí por valoraciones más o menos conformadas, para finalmente, y en tercer lugar, acometer lo de su realidad, armándonos de toda nuestra lealtad interior, observándolo más bien como asunto que en esencia dice de la necesidad de una mejor armonía de lo colectivo humano y lo humano individual. Bajo este ángulo, creemos, todo esfuerzo sin la venia, generosa de suyo, de cada conciencia, tiene que ser contemplado como anormal, y, a la larga, hasta cierto punto como estéril, ya que el unilateralismo en que se apoya terminará agotándonos a todos, para obligar al hombre, en un mañana más o menos próximo, a la búsqueda de lo complemental, haciendo quedar grabada la advertencia histórica que toda positiva reforma ha de venir de lo profundo de nosotros mismos, de nuestro propio auscultarnos; tarea sin la cual cuanto trazado se haga será de superficie, y toda acción implicará simplemente una reacción; lo que es siempre peligrosísimo, pues todo auténtico paso histórico debe entrañar, espiritualmente expresándonos, una revolución.

La Arquitectura Colonial en México

Por JESUS T. ACEVEDO

Allá cuando el grupo de selección del Ateneo iniciaba lo mejor de su labor y se entregaba a la búsqueda del alma mexicana, el nombre del arquitecto JESUS T. ACEVEDO iba unido a los de las principales figuras del movimiento cultural renovador. Espíritu fino e inteligencia con organización, en sendas conferencias habló Acevedo, urgido de hallar una más firme base de las arquitecturas moderna y colonial de México. Como podrá apreciarse por el siguiente fragmento de una de sus disertaciones, Acevedo aporta valoraciones de categoría al estudiar las construcciones de los colonizadores, en las que cree percibir la huella minuciosa del nativo.

DESPOJADA de sus bienes, primero, y convencida después, de la inutilidad de todo esfuerzo no encaminado a la salvación del alma, la raza que de por sí ya era dócil, se convirtió en excelente útil de trabajo. Antes de la pérdida de su libertad, había demostrado sus capacidades para toda labor minuciosa que reclamara esmero y aplicación. A medida que los primeros conquistadores se enriquecían iban dejando lugar a otros no menos ávidos. Pero llegó el día en que reyes compasivos velaran por la prosperidad, no sólo de los colonos,

sino también, y muy particularmente, por el mayor bien de los naturales. Entonces vinieron, además de hombres virtuosos, varones doctos, con la encomienda de enseñar las letras y las artes. Las primeras se cultivaron en los conventos. Las segundas se cultivaron con creciente interés, según lo reclamaba el auge de los propietarios. Ventaja grande fue que las artes del dibujo se transmitieron directamente de maestro a obrero, sin que el Estado interviniera en la enseñanza. Quién sabe qué tiene la intromisión oficial en esta clase de asuntos, que en todos los países, lejos de alentarlos, los aniquila, o por lo menos, establece uniformidades lamentables. El hecho fue, que los indígenas aprendieron los diferentes oficios que hacen posibles las artes, y cosa digna de notarse es la siguiente: al traducir con admirable dedicación los trazos extranjeros que les servían de modelo, algo de nativo y remoto se escondía en su obra; un no sé qué de profundo, que, sin equivocarse dimensiones, ni variar las líneas directrices, ponía, sin embargo, un gesto nuevo, un matiz imprevisto, un color especial; era, en fin, nuestro México que apuntaba su idiosincrasia. El obrero mexicano tiene una característica fundamental que yo llamaría facultad asiática y que consiste en una exquisita habilidad para trabajar con finura y primor, y en casi todos sus poros, una reducida porción de materia. El recluso de San Juan de Ulúa, que sobre la cáscara de un coco labra con un instrumento cualquiera el infierno total de sus penas y lo pormenoriza en todas sus partes; el tallador de bastones, de Tlaxcala, que a lo largo de una superficie cilíndrica enreda todos los emblemas de la paz y de la guerra, acentuados con vivos colores; el talabartero que borda en las cantinas de una silla vaquera mil prodigios geométricos en plata y en oro, son ejemplos manifiestos de la habilidad que trato de explicar. Esta característica es absolutamente general y la poseen en mayor o menor grado de virtuosismo, todos los que aquí trabajan con sus manos. Lo mismo procuran y persiguen las manos morenas que pintan jarros y cazuelas, como las blancas manos virginales que en provincia deshilan los linos para el culto parroquial. Encerrar el Universo en una corta superficie, pero con todos sus arabescos, con todas sus imágenes más las invisibles del cielo y del infierno, ha sido siempre el resultado más o menos consciente de la obra de arte de los pueblos que habitan esta región del mundo. He llamado asiática a esta facultad, porque ella se encuentra comprobada claramente en las artes máximas y menores del Indostán, de la China y del Japón, en Asia y en Persia. Incidentalmente en tal o cual monumento de la civilización europea aparece también esta habilidad, pero no como fuerza estable, no como esencia.

Nada más natural, por lo tanto, que al implantar los conquistadores cualquier estilo, cualquier tendencia arquitectónica, ésta y aquél resultaran modificados por la corriente oscura, siempre latente en los aborígenes. Idéntico fenómeno aconteció con la arquitectura de Roma cuando invadió el valle del Nilo. Allí se levantaron pórticos y plazas, templos, circos y mercados, y a pesar de que los directores de las obras eran romanos, és-

tas resultaron egipcias por su magnitud, por su color, por su ornamentación, por los materiales empleados y por esa oposición secreta y formidable de toda civilización propia a toda civilización impuesta. Ahora bien, ¿cuál es el estilo de nuestra arquitectura colonial?, ¿cuál fue el que impulsieron los españoles, y qué fue lo que resultó? Desde luego debemos convenir en que España no podía enseñarnos ningún estilo puro, porque ella los había importado todos. El estilo árabe que allá prosperó, quedó interrumpido y sin sucesión estimable al triunfo de los Reyes Católicos. Era demasiado frágil para servir de modelo a un pueblo de soldados y de santos, y absolutamente inadecuado para viajar y consolidarse lejos de la costa africana. Además, los tipos de edificio que derivan o se muestran propicios al estilo árabe no son los que España construía.

Dividiremos en dos grupos las construcciones que este país nos legó. En el primero, agruparemos las imaginadas para procurar la salud del espíritu; iglesias, capillas, conventos, colegios, cárceles, etc.; en el segundo quedan incluidos los destinados para el albergue de la vida y de sus actividades útiles o decorativas: los palacios, las habitaciones, los cuarteles, los mercados, las puertas de ciudad, las fuentes, etc.

Una vez arrasados los templos y palacios de los aztecas, era preciso construir inmediatamente la casa del nuevo dios y las moradas de los nuevos amos. La necesidad apremiaba, y no habría sido posible reflexionar largo tiempo ni escoger, suponiendo que para ello hubieran tenido conocimientos, el estilo al cual habría de sujetarse la futura ciudad. Aquellos soldados hicieron lo que pudieron, lo que recordaban haber visto en sus largas correrías por el Sur de Italia, por el Sur de Francia, en las llanuras de Flandes, y sobre todo, lo que vieron por primera vez sus ojos en la patria lejana: los blancos portales de Castilla, circundando vastas plazas de ciudades; los colegios de los jesuitas, graves y melancólicos, de espesos muros y anchurosos patios, monumentos por donde el sol y la lluvia entraban a raudales en las calurosas tardes de verano; las basílicas napolitanas, en las que el barroco dorado se retuerce como un sarmiento en el fuego ardiente de la vendimia; en fin, las altas paredes rojas clareadas por anchos ventanales, de los Ayuntamientos de Harlem y de Gante, hechas más rojas por el incendio y por la sangre. Y pusieron manos a la obra con ardoroso afán. Como era natural, los primitivos monumentos fueron substraídos a poco andar, por otros más pacientemente estudiados y mejor dispuestos. Estos fueron los definitivos, los que hoy miramos y a cuya sombra vivieron nuestros padres y hemos crecido todos.

En ellos se advierte, al mismo tiempo que pintoresca mezcolanza de estilos, un respetable y ejemplar conocimiento del arte de construir. Todos están hechos a conciencia, con los mejores materiales de la comarca, puesto de manifiesto en su honrada desnudez, no encubierta con afeites vanos, ni simulando materias de mayor riqueza que la propia. No es ésta la menor lección que proporcionan y en ellas bien vale la pena de meditar;

para estar preparados a continuar algún día tan noble tradición.

Después de un siglo de incompreensión y de piqueta, el territorio de la República guarda todavía innumerables fábricas nacidas durante el virreinato. Esto muestra cuán laboriosos fueron nuestros antepasados y también esto otro, que es preciso saber: que construyeron para toda la vida y para sus más remotos descendientes. A nadie es dado tocar, ni por motivos de mejora material, ese legado que pertenece por igual a los grandes y a los pequeños, que es del arzobispo y del banquero lo mismo que del mendigo que arrimado a sus viejas piedras bebe el azul del cielo.

Federico Mariscal, que en estos días se ha impuesto el noble apostolado de explicar nuestras fábricas a los humildes, ha insistido de que ya es tiempo de guardar cuanto nos queda. Y le sobra razón. De los pueblos, casi todo se pierde en el transcurso de los siglos. Los hombres desde luego; las pasiones de partido, las familias y sus fortunas, las instituciones y hasta las leyes que nos parecen intocables se desvanecen. Pero los monumentos que han sido edificados por manos sabias y honradas resisten a todos los cambios del destino y a todas las inclemencias de la naturaleza. Al único a quien no pueden resistir es al hambre que no los comprende.

El Parthenon que dió albergue a diferentes dioses y sombra a las más opuestas razas, pudo permanecer en su pureza y estabilidad hasta el día en que la pólvora turca explotó en su seno. Después Lord Elgin se encargó de lo que ustedes saben. Y, sin embargo, de tan crueles mutilaciones, todavía corona la colina ateniense y parece dictar las leyes del orden y de la armonía.

No me será posible, en los cortos términos de esta conferencia, y menos con mi pobreza de datos, profundizar y dejar definidos los orígenes, los méritos y las variantes, del arte colonial que hoy nos ocupa. No lo lograría en varios volúmenes, ni es labor que corresponde a un solo hombre, ni menos, descubrir el filón que debemos aprovechar. Esta es obra que nos espera a todos, me decía ayer Angel Zárraga. Y está en lo justo. No debemos dejar que los alemanes o los americanos la hagan. Con los pobres o ricos elementos que nos proporcione la suerte y cada cual dentro del dominio de su oficio, procuremos continuar lo que mexicanos, muy amantes a su país, han dejado interrumpido o a medias, por motivos muy humanamente explicables.

Paseando por las calles de mi ciudad natal, en el silencio de las noches, cuando se perciben mejor las siluetas de las construcciones y los partidos de composición, me he preguntado si nuestro estilo colonial, hecho de retazos, podrá constituir a su vez estilo ejemplar; si su estudio debería ser disciplina indispensable y si por ella, y no obstante el cambio de costumbres desde los comienzos del siglo XIX podría ser materia de evolución y finalmente de aplicación actual. Cambiando ideas con mis amigos, hemos llegado lentamente a comprender que ahí están las raíces del árbol mexicano en cuyo cultivo debemos esmerarnos. Los piñones del Sagrario, los muertos de la Enseñanza, las plazas de Santo Domingo, Vizcaínas y de

Regina dicen más que todos los libros. Nuestro admirable Sagrario Metropolitano, obra maestra de arquitectura, tanto por su sabia distribución, cuanto por la deliciosa ornamentación de sus fachadas, subyuga profundamente. Nacido en un flanco de Catedral se le une de modo tan perfecto, que viniendo de ella, muy pocos extranjeros se dan cuenta del cambio de santuario. Casi insensible debió ser el paso del uno al otro monumento en los años en que ambos lucían esos portentosos altares que, como el de los Reyes, en la Catedral, resultan grutas del milagro. Nada más inquietante que un altar churrigüesco. Dispuesto generalmente en forma de nicho y ocupando un muro frontero, asciende hasta su cima, tal parece que de ella descienden las estalactitas áureas. Cada columna contiene en su forma, incesantemente variable, mil representaciones diversas; por manera que entre sus festonados flancos dorados un querubín sonríe, una virgen se marchita, un mártir brutalmente colorido muestra impasible y tremenda herida. En los intercolumnios, nichos que guardan reliquias en trabajadas cajas de plata y ébano, cuadros al óleo con marcos que semejan espumas, vahos de espejos pequeños y poligonales distribuidos en cintas que forman compartimento; mientras que el lujurioso acanto de oro todo lo invade: los perfiles, los fustes, los capiteles, las cornizas, lanzándose al aire en ménsolas y volutas caprichosas y picoteando la penumbra cálida con discretas luces.

Por debajo de la aparentemente loca exhuberancia, el ojo comprueba una sabia estructura integrada con elementos puros desde el basamento hasta la clave del nicho. Esta cualidad es general, tanto en los interiores como en los exteriores. ¡Cuántas veces hemos admirado entre las muchas cosas admirables contenidas en la fachada del Sagrario, el clasicismo de proporciones y perfiles! Ahí están la gola grácil y el toro magistral; y las relaciones discretísimas que hay entre claros y macizos, el contraste entre el rojo tezontle y la cantera, y cómo el uno y la otra están colocados según su función, son otras tantas lecciones de discreción y tino, de buen gusto y de juicio impecable. Tenemos derecho de proclamar nacional este arte hecho de razón oculta y de riqueza fastuosa. Los monumentos churrigüescos constituyen minoría en la noble herencia y en ellos se muestra ese tono crepuscular tan bien observado por Henríquez Ureña. En los demás, el barroco italiano impera, no sin dejar lugar a imprevistas apariciones que desconciertan. Ya es una arcada ornamentada a la Enrique II, como en la Capilla del Salto del Agua, según me confirma Eduardo Macedo; ya es la reminiscencia de una puerta romántica, como en Coyoacán; y porque nada falte, hasta un ejemplar de Luis XV incrusta en un costado de la Basílica de Guadalupe, la gracia suprema de Francia.

Nuevas Cuestiones Biológicas

Por el Barón JAKOB VON UEXKUL

Del libro del Barón JAKOB VON UEXKUL, llamado "Ideas para una Concepción Biológica del Mundo", traemos ahora estos párrafos de fuerte y clara exposición científica. Nada tan adecuado, creemos, para los fines de divulgación que perseguimos, como tales consideraciones que forman en uno de los estudios donde el notable hombre de ciencia habla de la biología, esbozando toda una nueva concepción, al hilo casi de una crítica de las tesis darwinianas.

LA conformidad a plan del organismo era y es el problema de la biología, y a él volvemos de nuevo.

Bajo conformidad a plan no debe ser entendida otra cosa que una determinada disposición de las diferentes partes de un objeto que hacen de él una *unidad*. Piénsese, por ejemplo, en una casa: muros y techo, ventana y puertas, etc., no son otra cosa que partes diferentes que sólo por su disposición "conforme a plan" forman la unidad, la casa. La unidad que resulta de esta manera es siempre "funcional", pues lo que se enlaza en una unidad no es la forma, sino la unión de las diferentes partes. De allí resulta que partes diferentemente formadas pueden dar el mismo resultado después de su enlace.

Hay muros altos y bajos, tejados llanos y apuntados, a pesar de lo cual todas las posibles combinaciones vienen siempre a dar una casa, con tal de que la función de "sostener" de los muros concuerde con la función de "ser sostenido" del tejado. Del mismo modo, puertas, ventanas, escaleras, y todas las demás partes de la casa, tienen que ayudarse unas a otras, según plan, en sus funciones, a fin de que se logre la unidad, la casa, cuya función es servir de vivienda al hombre.

Muy semejante es lo que ocurre con los organismos vivos. También en los animales y plantas no debemos limitarnos a investigar las formas de las diferentes partes; también tenemos que determinar sus funciones, lo mismo que el plan según el cual se eslabonan las diferentes funciones para procurar al total unitario su función de conjunto.

La función de conjunto de cada ser vivo es doble: conservación del individuo y conservación de la especie. Esta doble función es ejercida por individuos de diversas especies según planes diversos, aun cuando se asemejan las funciones de cada una de las partes.

El tema de la biología consiste, según eso, junto con la investigación de cada una de las funciones, en llegar también a conocer el plan según el cual las diversas funciones de las partes concurren a la función de conjunto del todo. Llámase a esto la investigación del plan funcional, o *plan de estructura del organismo*.